

qwertyuiopasdfghjklzxcvbnmqw
ertyuiopasdfghjklzxcvbnmqwert
yuiopasdfghjklzxcvbnmqwertyui
opasdfghjklzxcvbnmqwertyuiopa
sdfghjklzxcvbnmqwertyuiopasdf
ghjklzxcvbnmqwertyuiopasdfghj
klzxcvbnmqwertyuiopasdfghjklz
xcvbnmqwertyuiopasdfghjklzxcv
bnmqwertyuiopasdfghjklzxcvbn
mqwertyuiopasdfghjklzxcvbnmq
wertyuiopasdfghjklzxcvbnmqwe
rtyuiopasdfghjklzxcvbnmqwerty
uiopasdfghjklzxcvbnmqwertyuio
pasdfghjklzxcvbnmqwertyuiopas
dfghjklzxcvbnmqwertyuiopasdfg

La Iglesia primitiva y Jesús según San Pablo

1 Corintios

Sandra Lorena Gonzalez Gonzalez

¿Quién es Pablo?

Por su nacimiento en Tarso, Pablo (Saulo) pertenece a la comunidad judía de la diáspora (dispersión en griego), muy floreciente por aquella época. Según Barón 3, Palestina contaba por entonces con dos millones y medio de habitantes, entre los que dos millones eran judíos. En el imperio, los judíos eran unos cuatro millones, o sea, el 7% de la población. Lucas en su relato de pentecostés (Hech 2, 9-11) enumera una lista de pueblos, que da cuenta de la expansión demográfica de los judíos.

Hay que tener en cuenta un intenso movimiento de proselitismo, al menos desde el siglo III antes de nuestra era. Desde el punto de vista jurídico, los judíos gozaban de una amplia autonomía interna desde los tiempos de Julio César. Como estaba reconocida su religión, quedaban dispensados de los cultos a la ciudad y de los cultos a Roma. En su vida interior, la comunidad judía tenía su propia organización y sus propios tribunales que juzgaban según la ley de Moisés. Por eso Pablo se escandalizaba de que los cristianos de Corinto apelasen a los tribunales paganos (1 Cor 6, 1-11). Semejantes privilegios provocaban inevitablemente envidias y rivalidades. El antisemitismo es ya anterior a la era cristiana. Un ejemplo de esto es la defensa que hizo el gobernador Flacco de su confiscación de oro destinado al templo. A pesar de estos desprecios, los judíos conocieron en el conjunto del imperio romano un estado general de prosperidad. Este es el contexto en el cual nació Pablo.

Los textos bíblicos nos recuerdan a Saulo de Tarso como un perseguidor. Cothenet nos señala que la persecución era sólo hacia la fracción helenista de la iglesia, por parte del fariseísmo. Más tarde, camino a Damasco, Saulo se convirtió al encontrarse con Jesús, pasando a llamarse Pablo.

Luego de esta conversión, Pablo se convirtió en misionero, predicando las enseñanzas de Jesús y recorriendo diferentes comunidades cristianas de la época. Pablo no pretendió nunca hacer un relato de sus recuerdos. Misionero, lo que le preocupaba ante todo era llevar la buena noticia de ciudad en ciudad, sin volver sobre el pasado más que en la medida en que lo exigían las circunstancias.

Pablo no se limita a proclamar la fe, sino que se preocupa de demostrar cómo el evangelio está en conformidad con las escrituras (1 Cor 15, 3 y 5). En el conjunto de sus 13 cartas encontramos 76 citas formales, introducidas por la fórmula "está escrito", "dice la escritura": "había predicho Isaías": etc. En otros 22 casos falta la fórmula de citación, pero no puede dudarse de la intención de Pablo de apoyarse en la escritura.

La Cristología según Pablo

En su encuentro con el Resucitado en el camino de Damasco, Pablo vivió un cambio total y completo. Pasó de la prioridad concedida a su valor y a sus méritos personales (familia, educación, cultura, celo, etc.) a la acogida de un don y de una llamada completamente gratuitos. Pasó de un Dios al que quería asir y poseer al fulgor de un Dios que se asía a él. En este Dios reconoció a Aquel al que nunca había dejado de buscar en el seno del judaísmo.

Este Dios está más allá de todo lo que había conocido e imaginado. Tiene el rostro de Aquel a quien perseguía. Él lo llama a ser el Apóstol de su Hijo. A partir de ese momento, toda la vida de Pablo estará «reorientada» hacia la búsqueda de Aquel que primeramente se ha acercado a él: «Me esfuero para ver si la conquisto, por cuanto yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús» (Flp 3,12). Por tanto, en el nombre mismo de una elección que le ha precedido y que le ha superado infinitamente, no dejará de anunciar y de servir a Cristo.

Es aquí donde reside el sentido profundo de su vida espiritual, misionera y pastoral: porque fue asido por Cristo y porque se ha encontrado desasido de sí mismo en el amor que Cristo le ha manifestado, se le impone la necesidad de asirse a él y de servirle.

Sin embargo, queda un enigma: ¿cómo explicar que éste que dice no tener otra meta que «conocer a Cristo» (Flp 3,10) se interese tan poco, en sus cartas, por la vida de Jesús? En efecto, Pablo se refiere casi exclusivamente a las tradiciones sobre la última cena de Jesús (1 Cor 11,23-26) o a la crucifixión y la resurrección.

Solamente en dos casos hace referencia a unas palabras del Señor que tienen paralelos en la tradición evangélica: 1 Cor 7,10-11 (matrimonio y divorcio; cf. Mc 10,9-12) y 9,14 (vivir de la predicación, cf. Lc 10,17).

El resultado de esta forma de predicar es escaso, y no podemos menos que sorprendernos ante esta aparente falta de interés de Pablo por la vida de Jesús. Si admitimos que Pablo sabía seguramente más sobre la vida de Jesús de lo que narra en sus cartas, hay que explicar por qué no menciona las bienaventuranzas, algunas parábolas, afirmaciones de Jesús sobre sí mismo o los relatos de la pasión.

Una vez más, es probablemente en su encuentro con el Resucitado donde se encuentra una de las explicaciones del silencio de Pablo sobre la vida pública de Jesús. Porque en este encuentro él tiene la experiencia de la fuerza del Evangelio y de la capacidad de Dios de renovar todo en su Hijo crucificado y resucitado, Pablo centrará, en efecto, su apostolado y su reflexión sobre el anuncio de la salvación cumplida en Jesucristo y en su actualidad para todos los hombres.

En resumen, más que los hechos pasados de Jesús, Pablo se interesa por lo que Cristo resucitado puede hacer hoy en el corazón de todo hombre. Por eso es por lo que, cuando subraya la necesidad de «conocer» a Cristo, Pablo menciona en primer lugar «el poder de su resurrección» (Flp 3,10).

La muerte de Cristo está confirmada por la mención de la sepultura. Pero esta muerte no es solamente un hecho histórico, tiene un valor salvífico: «Cristo murió por nuestros pecados», Como lo confirma la referencia a las Escrituras, esta muerte se inscribe en el plan de Dios. Por otra parte, Pablo dirá que «Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8), y el himno de Filipenses se maravillará ante esta «muerte oblativa» (Ch. Reynier).

¿De qué forma de muerte se trata? Este pasaje de la primera carta a los Corintios no lo precisa. En otros pasajes u otras cartas, Pablo profundizará en el misterio de la cruz. Dirá de ella que es un escándalo (1 Cor 1,23). Sin embargo, locura a ojos de los hombres pero sabiduría a ojos de Dios, la cruz revela hasta dónde son llevados el sometimiento y la obediencia del Hijo de Dios: «Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,8). Finalmente, porque en el Crucificado Dios ha hecho resplandecer los límites de la sabiduría y del poder humanos, en los que se pretendía encerrarlos, la cruz da acceso a un nuevo conocimiento de Dios (1 Cor 1,19-20).

Por otra parte se nos enseñará que esta muerte abre a todas las naciones el acceso a Dios, sin distinción de origen, y hace caer el «muro de odio» que separa a los hombres (Ef 2,16). La cruz es el lugar de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte (1 Cor 15,51-58).

Como segundo elemento fundamental del Evangelio recibido y transmitido por Pablo está ciertamente la resurrección: Aquel que estaba muerto, y al que la muerte en la cruz parecía acusar (Gál 3,13; cf. Dt 21,23), ¡ha

resucitado! Se deja ver por Pedro, por los Doce y por todos los demás (1 Cor 15,5-8). Esta afirmación está en el centro del Credo.

A lo largo de sus cartas, Pablo proclamará el Evangelio de la resurrección de Cristo, que proporciona todo su sentido al «escándalo» de la cruz. A los cristianos de Corinto les escribirá: «Y si Cristo no ha resucitado, tanto mi anuncio como vuestra fe carecen de sentido» (1 Cor 15,14). Les mostrará cómo su fe en una resurrección futura está arraigada en la resurrección de Cristo (1 Cor 15,12). «Anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte» (1 Cor 15,20; cf. Col 1,18) Y «Señor del universo» (Flp 2,911), el Resucitado introduce desde ahora a los bautizados en una vida que no acaba.

Releídos a la luz de las Escrituras, estos acontecimientos son una Buena Nueva de salvación y liberación: liberación del pecado, de la Ley y de la muerte.

El ministerio de Pablo estará dominado por esta revelación de la «realización desconcertante del poder de Dios en la debilidad de un crucificado (P. Bony). Esta es una de las razones por las que Pablo se prohibirá a sí mismo cualquier predicación que corra el riesgo de reducir el Evangelio a un simple discurso de sabiduría humana: «Porque Cristo no me ha enviado a bautizar, sino a evangelizar, y esto sin hacer ostentación de elocuencia, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo» (1 Cor 1,17; 2,3-5).

Siguiendo al Crucificado, es igualmente una invitación a entrar en el movimiento de amor y de renuncia de Cristo para acoger su obra de salvación y su poder de resurrección.

En cuanto a su relación con las palabras de Jesús, hay una distinción de base. A diferencia de Jesús que busca sus comparaciones en la vida campesina, Pablo es un hombre de ciudad que no entiende mucho de las cosas del campo.

Para señalar sus responsabilidades apostólicas, Pablo se aplica la parábola del administrador fiel y prudente (1 Cor 4, 1-2; cf. Lc 12,42-46). Los ejemplos podrían multiplicarse. Pablo conocía ciertamente las colecciones existentes de frases de Jesús. Según los casos, reconocía en ellas una regla estricta (caso de la indisolubilidad del matrimonio) o una invitación a la superación y un principio de solución para los casos nuevos que se planteaban en las comunidades de origen pagano (por ejemplo, los matrimonios mixtos, los problemas de los idolotitos). Lo fundamental para Pablo es vivir "en Cristo" (Gál 2, 16-20).

Así, mientras que los evangelistas nos invitan a caminar detrás de Cristo y nos ofrecen numerosos ejemplos concretos, Pablo concentra toda su atención en el misterio pascual y pone de relieve su inagotable riqueza.

Eclesiología según Pablo

En su segundo viaje misionero, Pablo tuvo como destinos Efeso, la región gálata, Filipo, Tesalónica y Atenas. En esta última no tuvo éxito. Pablo fracasó ante los sabios de Atenas, incapaces de sondear hasta el fondo de la miseria humana y de comprender el amor de Dios a sus criaturas.

Deprimido por su fracaso en Atenas (1 Cor 2, 3), Pablo decidió dirigirse a Corinto, capital de la provincia senatorial de Acaya. Pasó por el istmo, en donde todos los años tenían lugar los célebres juegos en honor de Poseidón, el dios del mar. Se acordará de ellos cuando en la carta 1 Cor evoque los esfuerzos de los corredores del estadio o de los pugilistas (9, 24-27).

No pueden comprenderse los problemas que se plantearon en la iglesia de Corinto si no se tiene en cuenta la enorme diversidad de su reclutamiento. Como en la mayor parte de las fundaciones paulinas, estaban unidos los judíos y los paganos. Lucas nos ha conservado el recuerdo de Crispo, jefe de la sinagoga, que se convirtió con toda su familia (Hech 18,8). Los elementos judíos sin embargo eran la minoría.

La mayor parte de los convertidos son de origen pagano; aun cuando no eran devotos de Afrodita, consideraban con la mayoría de sus contemporáneos que carecía de importancia el trato con las prostitutas.

Para los cristianos de origen pagano, también la enseñanza de la resurrección constituía una dificultad, mientras que encajaba normalmente dentro de la perspectiva de los judíos de formación farisea.

En el aspecto étnico, era también considerable la variedad. Corinto era una ciudad cosmopolita. Los latinos ocupaban los puestos de importancia en torno al procónsul, como atestiguan las inscripciones, latinas en su mayoría durante el período que va de Augusto a Trajano. Varios de los cristianos de Corinto llevan nombres romanos, como Ticio Justo, Aquila, Priscila, Fortunato. Los griegos eran sin duda muy numerosos, lo mismo que los comerciantes y esclavos procedentes de oriente. En esta perspectiva adquiere mayor sentido la proclamación de Pablo: "A todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, nos bautizaron con el único espíritu para formar un solo cuerpo" (1 Cor 12, 13).

En el plano social, las diferencias no eran menos acusadas. 1 Cor 1, 26-29 indica que la mayor parte de la comunidad estaba formada de gente humilde, cargadores del puerto o esclavos, "lo plebeyo del mundo": como se dice en el v. 28. "La gente de Cloé" (1, 11) son sin duda esclavos o libertos empleados por aquel rico comerciante.

Los corintios no son gente rica, sino trabajadores que han estado bregando todo el día y no encuentran nada para comer cuando llegan (1 Cor 11, 21). Pero la comunidad cuenta también con personas acaudaladas, que se meten en procesos escandalosos (1 Cor 6, 1-8). Si los pobres se muestran más receptivos ante el mensaje de la cruz, los intelectuales se precian de "sabios" y le piden al apóstol enseñanzas más elevadas (1 Cor 3, 1s).

La convivencia de unos convertidos tan diversos constituye la originalidad de la comunidad de Corinto, asegura su dinamismo, pero explica también sus dolorosas tensiones.

Pablo tendrá que apelar a toda su convicción de que Cristo es "uno" y no puede ser dividido (1 Cor 1, 13s), para llevar a sus hijos de Corinto a la práctica de la ágape como virtud suprema del cristiano (1 Cor 13).

Pablo no se contentará con fundar comunidades. Su trabajo de evangelización y de fundación estará acompañado por la preocupación por ver a las comunidades que había fundado crecer en la fe y la caridad. Con este fin, Pablo ejercerá sobre ellas una verdadera autoridad.

Pablo reivindica frecuentemente su autoridad sobre las comunidades que ha fundado. Sus visitas, sus cartas o el envío de colaboradores muestran por lo demás que, incluso después de su partida, sigue siendo la única y verdadera autoridad en sus comunidades.

Aunque reconoce el poder apostólico que Cristo le ha conferido (1 Cor 1,1; Gál 1,11-12), sin embargo Pablo rechaza hacer de ello un dominio sobre las comunidades que ha fundado o acompaña. Lejos de querer controlarlo o dirigirlo todo (2 Cor 1,24), Pablo define su ministerio, y el de todos los predicadores del Evangelio, como un ministerio de administración y servicio (1 Cor 4,1-2). En numerosos pasajes de sus cartas manifiesta su conciencia de no tener otra

misión que la de conducir a la obediencia de la fe, y la de edificar el Cuerpo de Cristo, pues Cristo le ha dado un poder para la edificación, no para la destrucción (2 Cor 10,8).

Por eso también es por lo que, en el caso de indisciplina (1 Cor 11; 14), de escándalo (1 Cor 5) o de grave ofensa hacia uno de sus enviados, y sobre todo de ofensa al Evangelio (Gál 1,9), Pablo no duda en emplear toda su autoridad, con el riesgo de dar muestras de una gran severidad (2 Cor 10). No se contenta entonces con ofrecer una simple opinión, apela al mandamiento del Señor» (1 Cor 14,37; 1 Tes 4,2; Flm 8). Incluso se dice dispuesto a castigar (2 Cor 10,6).

En resumen, las comunidades fundadas por Pablo se caracterizan de la siguiente manera:

Son comunidades abiertas literalmente a todos, como escribe Pablo en 1 Cor 12;22-23. El vínculo que pretende crear Pablo en sus comunidades trasciende diferencias étnicas y sociales. Son también abiertas hacia adentro, con la apertura a debates. Son ejemplos la vida sexual (1 Cor 7), el consumo de carnes ofrecidas a los ídolos (1 Cor 8), el papel de las mujeres en las asambleas (1 Cor 11; 14,26ss.), algunos fenómenos espirituales (1 Cor 12,1ss.), etc.

En cada circunstancia se busca cuál puede ser la voluntad de Dios (Rom 12,2). Cada bautizado tiene algo que decir y el debate parece siempre abierto. Los únicos límites: la preocupación por la edificación de la comunidad (Rom 14,19; cf. 1 Cor 12,7; 14,5.12.19) Y por no enfrentarse con los miembros más frágiles de la comunidad (1 Cor 8,7-13).

Son comunidades fraternas. Para luchar contra el espíritu partidista, las glorias vanas y los intereses particulares, los miembros de las comunidades son invitados constantemente a revestirse con los sentimientos de Cristo. Esta fraternidad que une a los bautizados se expresa en la superación de las separaciones sociales, se traduce en una comunión y una solidaridad vividas de manera permanente y cotidiana: se trata entonces de ser acogedores los unos con los otros. Uno de los gestos de fraternidad presentes en la vida diaria es la cena en comunidad, entendida como Comunión en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Así, en Corinto, donde la cena eucarística estaba integrada en una comida, Pablo se entera de que algunos miembros de la comunidad se corren juergas y no comparten su alimento con los últimos llegados, de modo que «cada cual empieza comiendo su propia cena, y así resulta que, mientras uno pasa hambre, otro se emborracha» (1 Cor 11,21). Pablo reacciona entonces con fuerza denunciando la gravedad de semejante desprecio por el compartir.

Por último, las comunidades son organizadas: «Dios ha asignado a cada uno un puesto en la Iglesia: primero están los apóstoles, después los que hablan en nombre de Dios, a continuación los encargados de enseñar» (1 Cor 12,28). Hay que recordar que la comunidad de Corinto era víctima de divisiones y de disputas de poder que amenazaban su unidad y corrían el riesgo de hacer que se hundiera en el caos (1 Cor 12,1-3). Con el empleo de la expresión «ha asignado», Pablo subraya el origen divino de la diversidad de los dones y las funciones (12,8). Al mencionar por primera vez «la Iglesia», insiste igualmente en el hecho de que es en la Iglesia y con vistas a ella como Dios reparte dones y funciones.

Bibliografía.

Cothenet, E. "San Pablo en su tiempo" 4º Edición, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1985.

Debergé, P. "Pablo, el pastor" Editorial Verbo Divino, Navarra, 2005